



NOVENA A SAN VICENTE DE PAÚL

CON UN AMOR
SIEMPRE
NUEVO

Unidos en Cristo, servidores de
los pobres y artesanos de paz

2026



CORAZÓN DE PAÚL

CON UN AMOR NUEVO

**NOVENA EN HONOR
A SAN VICENTE DE PAÚL**

**CORAZÓN DE PAÚL
2026**

PRESENTACIÓN

Cada año, la novena a san Vicente de Paúl nos permite volver al fuego original del carisma y preguntarnos cómo debe arder hoy. No regresamos a Vicente para refugiarnos en el pasado, sino para dejarnos conducir de nuevo hacia Jesucristo, evangelizador de los pobres. Allí se encuentra la fuente de su libertad, de su creatividad y de su capacidad para reconocer en las heridas de su tiempo una llamada concreta de Dios.

La edición de 2026 nace después de la celebración de los cuatrocientos años de la Congregación de la Misión. El aniversario nos dejó memoria agradecida; ahora comienza una etapa distinta: convertir la gratitud en disponibilidad. No basta custodiar una herencia. Hay que recibirla como una responsabilidad viva, capaz de escuchar el clamor de los pobres de hoy y de buscar respuestas evangélicas con humildad, inteligencia y perseverancia.

El mundo que rodea esta novena está atravesado por guerras, desplazamientos, desigualdad, soledad, polarización, crisis de confianza y transformaciones tecnológicas que afectan profundamente la manera de relacionarnos. También encontramos signos de esperanza: comunidades que no se resignan, jóvenes que buscan sentido, personas que cuidan la vida en silencio y creyentes que siguen construyendo fraternidad en los lugares más difíciles. En este contexto, la voz de san Vicente conserva una actualidad sorprendente.

La Iglesia ha propuesto para la Jornada Mundial de las Misiones de 2026 el lema “Uno en Cristo, unidos en la misión”. El papa León XIV invita a renovar el fuego de la vocación misionera mediante corazones unidos en Cristo, comunidades reconciliadas y una cooperación generosa. Al mismo tiempo, su llamado a una paz “desarmada y desarmante” nos recuerda que la misión cristiana

debe abrir caminos de encuentro sin imitar la violencia que desea vencer.

Los nueve textos de san Vicente seleccionados para esta edición permiten recorrer esas preocupaciones desde el corazón del carisma. Comenzamos en Cristo, que nos asocia a su misión; aprendemos a mirar a los pobres con un amor nuevo; llevamos la caridad a las obras; reconocemos al Señor en quien sufre; caminamos juntos; trabajamos por la paz; abrimos corazones con mansedumbre; volvemos a la oración y, finalmente, confiamos el futuro a la Providencia.

La expresión “con un amor nuevo” da nombre a esta novena. No significa cambiar el Evangelio ni abandonar la tradición, sino permitir que la caridad de Cristo renueve nuestros ojos, métodos y relaciones. Un amor nuevo escucha antes de decidir, protege la dignidad, trabaja en comunidad, sabe utilizar responsablemente los medios digitales, cuida a quien cuida, busca transformar las causas de la pobreza y conserva siempre la ternura.

Que estas páginas no nos dejen solamente una admiración más grande por san Vicente. Que nos acerquen a Cristo, nos hagan más humanos y nos pongan en camino hacia quienes esperan una presencia fraterna. Si al terminar la novena vemos mejor, escuchamos con más paciencia y servimos con mayor verdad, el fuego de la caridad habrá comenzado nuevamente a arder.

*P. Andrés Felipe Rojas Saavedra, C.M.
Director Corazón de Paúl*

REVISION Y APROBACIÓN:

P. CARLOS ARLEY CARDONA SALAZAR, CM
VISITADOR PROVINCIAL

AUTOR:

P. ANDRÉS FELIPE ROJAS SAAVEDRA, CM

CLAVE PASTORAL DE LA EDICIÓN 2026:

El itinerario puede resumirse en tres movimientos inseparables: contemplar a Cristo, dejarnos reunir por Él y salir juntos hacia los pobres. La novena no propone nueve conferencias desconectadas, sino un proceso de conversión personal y comunitaria.

Movimiento	Días	Fruto esperado
Cristo nos llama	1-3	Identidad misionera, mirada renovada y caridad efectiva.
Cristo nos reúne	4-7	Cuidado, comunión, paz y mansedumbre.
Cristo nos sostiene	8-9	Oración, discernimiento y confianza en la Providencia.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

Padre de misericordia, que enviaste a tu Hijo Jesucristo para anunciar la Buena Noticia a los pobres, míranos reunidos en tu nombre y renueva en nosotros la gracia del bautismo. Haz que no contemplemos desde lejos las heridas de nuestro tiempo, sino que sepamos acercarnos con respeto, escuchar con humildad y servir con un amor siempre nuevo.

Danos el Espíritu de Cristo, para que nuestros ojos reconozcan la dignidad de quienes son ignorados; nuestras palabras consuelen sin engañar; nuestras manos trabajen sin cansarse de hacer el bien; y nuestras comunidades sean lugares de comunión, protección y esperanza.

Líbranos de una caridad que busca aplausos, de una fe que no toca la vida y de una misión realizada en solitario. Reúnenos en Cristo, sana nuestras divisiones y conviértenos en servidores de los pobres y artesanos de una paz desarmada y desarmante.

Por intercesión de san Vicente de Paúl, enséñanos a unir oración y trabajo, ternura y justicia, audacia y prudencia. Que sepamos responder a las nuevas pobreza con fidelidad al Evangelio, creatividad responsable y una profunda confianza en tu Providencia.

Recibe nuestra vida y envíanos allí donde alguien necesite escuchar, por medio de nuestras obras y palabras, que tu Reino está cerca. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Padrenuestro.

ORACIÓN A LA VIRGEN

Santísima Virgen María ayúdanos a estar dispuestos a practicar las máximas evangélicas, te pedimos que llenemos de ellas nuestro espíritu, llenemos nuestro corazón de su amor y vivamos en consecuencia. Por tu intercesión ya que, mejor que ningún otro, penetraste el sentido de esas enseñanzas y las practicaste. Para esperar que, al vernos aquí en camino de vivir según estas máximas, nos serán favorables en el tiempo y en la eternidad.

¡Oh, Santísima Virgen, pide al Señor este favor, pídele una verdadera pureza para nosotros, para toda la familia vicentina! Esta es la súplica que te hacemos. Amén.

Dios te salve.... Gloria

GOZOS

*San Vicente, padre y servidor,
enséñanos a vivir con un amor nuevo;
unidos en Cristo, cercanos a los pobres,
mensajeros de esperanza y artesanos de paz.*

Cristo te llamó a seguir sus pasos
y en los olvidados escuchaste su voz;
que también nosotros salgamos al encuentro
del hermano que espera la Buena Noticia de Dios.

Miraste al pobre con ojos de hermano,
no como una carga ni una ocasión de honor;
alcánzanos un corazón respetuoso
que sepa servir, pero también recibir.

No dejaste el amor encerrado en palabras:
le diste manos, fatiga y decisión;
que nuestra oración florezca en obras
y nuestro trabajo nazca de la comunión.

En el enfermo reconociste a Cristo
y pediste servirlo con cordial dulzura;
enséñanos a cuidar sin hacer daño
y a permanecer junto a toda criatura.

Reuniste voluntades para hacer el bien
y comprendiste que el fruto pertenece a todos;
haz de la Familia Vicentina un solo cuerpo
donde cada vocación encuentre sitio y voz.

Celebraste la paz que vencía discordias
y abriste los corazones con mansedumbre;
que nuestras palabras desarmen el odio
y la verdad camine siempre con caridad.

Hombre de oración, amigo de la Providencia,
enséñanos a escuchar y a saber esperar;
que, aun en la noche, sembremos confiados,
porque Dios no abandona la obra de sus manos.

Hoy las nuevas pobreza reclaman cercanía,
inteligencia, ternura y fidelidad;
camina con nosotros, querido san Vicente,
y enciende nuevamente el fuego de la caridad.

ORACIÓN FINAL

Oh Corazón de San Vicente que sacaste del Sagrado Corazón de Jesús, la caridad que tú derramaste sobre todas las miserias morales y físicas de su tiempo, alcánzanos de jamás dejar pasar a nuestro lado miseria alguna sin socorrerla.

Haz que nuestra caridad sea respetuosa, delicada, comprensiva, efectiva como fue la tuya. Pon en nuestros corazones una fe viva que nos haga descubrir a Cristo sufriente en nuestros hermanos desventurados.

Llénanos del celo ardiente, luminoso, generoso que jamás encuentre dificultad alguna en servirlos. Te lo pedimos, oh Corazón de Jesús por la intercesión de aquel, cuyo corazón no latía ni actuaba más que por impulso del tuyo. Amen

DÍA 1

CRISTO NOS ENVÍA A EVANGELIZAR A LOS POBRES

«Nuestra vocación es una continuación de la suya»

Signo: Un espejo pequeño colocado junto al Evangelio abierto. Al mirarnos en él recordamos que Cristo desea continuar hoy su misión por medio de nuestra vida.

Canto sugerido: Alma misionera

Iluminación bíblica

Lc 4,16-21

Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, y el sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre. Se puso de pie para hacer la lectura, y le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres. Me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor». Después cerró el libro, lo devolvió al encargado y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que ustedes acaban de oír».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Lo segundo que la regla indica que hemos de hacer, es instruir a los pueblos del campo; hemos sido llamados a eso. Sí, nuestro Señor pide de nosotros que evangelicemos a los pobres: es lo que él hizo y lo que quiere seguir haciendo por medio de nosotros. Tenemos muchos motivos para humillarnos en este punto, al ver que el Padre eterno nos destina a lo mismo que destinó a su Hijo, que vino a evangelizar a los pobres y que indicó esto como señal de que era el Hijo de Dios y de que había venido el Mesías que el pueblo esperaba. Tenemos, pues, contraída una grave obligación

con su bondad infinita, por habernos asociado a él en esta tarea divina y por habernos escogido entre tantos y tantos otros, más dignos de este honor y más capaces de responder a él que nosotros.

»Es verdad, pero no hay en la Iglesia de Dios una compañía que tenga como lote propio a los pobres y que se entregue por completo a los pobres para no predicar nunca en las grandes ciudades; y de esto es de lo que hacen profesión los misioneros; lo especial suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres. Por tanto, nuestra vocación es una continuación de la suya o, al menos, puede relacionarse con ella en sus circunstancias. ¡Qué felicidad, hermanos míos! ¡Y también cuánta obligación de aficionarnos a ella!

»Por tanto, un gran motivo que tenemos es la grandeza de la cosa: dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres. ¡Qué grande es esto! Y el que hayamos sido llamados para ser compañeros y para participar en los planes del Hijo de Dios, es algo que supera nuestro entendimiento. ¡Qué! ¡Hacernos..., no me atrevo a decirlo... sí: evangelizar a los pobres es un oficio tan alto que es, por excelencia, el oficio del Hijo de Dios! Y a nosotros se nos dedica a ello como instrumentos por los que el Hijo de Dios sigue haciendo desde el cielo lo que hizo en la tierra. ¡Qué gran motivo para alabar a Dios, hermanos míos, y agradecerle incesantemente esta gracia!»

Fuente: San Vicente de Paúl, Obras completas, Tomo XI/3, pp. 386-387.

Reflexión

La novena comienza donde comienza toda vocación cristiana: en Jesucristo. Antes que una obra, una institución o una tradición, la misión es participación en la vida del Hijo enviado por el Padre. En la sinagoga de Nazaret, Jesús no presenta un programa accesorio;

revela quién es y para qué ha venido: el Espíritu lo ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres. Cuando san Vicente afirma que nuestra vocación continúa la misión de Cristo, no ofrece una frase decorativa. Nos sitúa ante una gracia inmensa y una responsabilidad concreta.

Evangelizar a los pobres no consiste solamente en hablarles de Dios. Significa acercarse de tal manera que la Buena Noticia pueda ser escuchada también en el respeto, en el alimento compartido, en la defensa de la dignidad, en la compañía paciente y en la búsqueda de soluciones duraderas. La palabra cristiana pierde credibilidad cuando no toca la vida. Del mismo modo, una ayuda que nunca reconoce la sed espiritual de la persona corre el riesgo de reducirla a una necesidad. Vicente une lo que con frecuencia nosotros separamos: cuerpo y alma, anuncio y servicio, fe y justicia.

En 2026 la misión encuentra pobreza antiguas que siguen doliendo y otras que han cambiado de rostro. Están quienes carecen de techo o alimento, pero también quienes viven solos en medio de ciudades llenas; los migrantes que han dejado su historia atrás; los jóvenes que no encuentran horizonte; las familias quebradas; los enfermos que no pueden acceder a una atención digna; quienes padecen ansiedad, depresión o abandono; y quienes son invisibles en un mundo que mide el valor por la productividad. Ninguna de estas realidades es ajena al Evangelio.

También existe una periferia digital. Hay personas permanentemente conectadas y profundamente solas, expuestas a mensajes que alimentan miedo, comparación, agresividad y desesperanza. La evangelización en estos espacios no puede limitarse a publicar contenidos religiosos. Exige presencia, escucha, verdad, belleza y responsabilidad. Una red social puede convertirse en camino de encuentro cuando detrás de cada pantalla reconocemos una vida concreta y cuando nuestras palabras no buscan solamente alcance, sino comunión.

Este primer día nos invita a revisar el centro de lo que hacemos. Es posible trabajar mucho y, sin embargo, habernos alejado interiormente de Jesús. Es posible hablar de los pobres sin conocer sus nombres, organizar proyectos sin escuchar a las comunidades o defender una causa sin amar a las personas. La misión se renueva cuando volvemos al Evangelio, dejamos que Cristo nos mire y le preguntamos con honestidad: ¿a quién me envías hoy?, ¿qué dolor no estoy viendo?, ¿qué seguridad debo dejar para poder acercarme?

San Vicente contempla la elección de Dios con humildad. No se cree dueño de la misión ni indispensable para ella. Se sabe asociado, por pura gracia, a la obra del Hijo. Esa conciencia libera del orgullo y también del desánimo: la misión no depende únicamente de nuestras capacidades. Cristo continúa actuando; nosotros somos instrumentos frágiles llamados a ofrecerle inteligencia, tiempo, manos y corazón.

Al iniciar esta novena, pidamos la gracia de no admirar a san Vicente desde lejos. Que su vida nos conduzca a la fuente de la que él bebió: Jesucristo evangelizador de los pobres. La pregunta decisiva no será cuánto sabemos del santo, sino cuánto permitimos que el mismo Espíritu que lo movió encuentre disponibilidad en nosotros.

Para orar y compartir

- ¿Qué rostro concreto de pobreza está poniendo hoy el Señor delante de mí?
- ¿Mi manera de evangelizar une la Palabra, la cercanía y el servicio efectivo?
- ¿Qué comodidad o temor me impide salir al encuentro de los demás?

Compromiso del día

Identificaré una periferia cercana y realizaré esta semana un primer gesto concreto de acercamiento.

Gesto comunitario

Cada participante mira brevemente el espejo y dice en silencio: «Jesús, continúa tu misión en mí». Después, todos orientan el espejo hacia el Evangelio, reconociendo que sólo Cristo es el centro.

Oración del día

Señor Jesús, enviado del Padre para anunciar la Buena Noticia a los pobres, haznos discípulos disponibles. Líbranos de una fe encerrada y de un servicio sin alma. Danos tus ojos para reconocer a quienes el mundo no mira, tu compasión para acercarnos y tu valentía para anunciar con la vida que el Reino de Dios está cerca. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 2

DIOS NOS ENSEÑA A MIRAR A LOS POBRES

«Vayamos y ocupémonos con un amor nuevo»

Signo: Una mesa sencilla con un puesto dispuesto y una tarjeta en blanco. Representa a la persona que todavía no hemos invitado, escuchado o reconocido como hermana.

Canto sugerido: Con vosotros está

Iluminación bíblica

Mt 25,31-40

Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, acompañado de todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones serán reunidas delante de él, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; era forastero y me recibieron; estaba desnudo y me vistieron; enfermo y me visitaron; en la cárcel y vinieron a verme”. Los justos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el Rey les responderá: “Les aseguro que cada vez que lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron”».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Dios ama a los pobres, y por consiguiente ama a quienes aman a los pobres; pues, cuando se ama mucho a una persona, se siente también afecto a sus amigos y servidores. Pues bien, esta pequeña

compañía de la Misión procura dedicarse con afecto a servir a los pobres, que son los preferidos de Dios; por eso tenemos motivos para esperar que, por amor hacia ellos, también nos amará Dios a nosotros.

»Así pues, hermanos míos, vayamos y ocupémonos con un amor nuevo en el servicio de los pobres, y busquemos incluso a los más pobres y abandonados; reconozcamos delante de Dios que son ellos nuestros señores y nuestros amos, y que somos indignos de rendirles nuestros pequeños servicios.»

Fuente: Tomo XI/3, pp. 272-273, n.º 87, Extracto de una charla, enero de 1657, sobre el amor a los pobres.

Reflexión

La mirada es el comienzo de la caridad. Antes de organizar una respuesta, hay que permitir que la realidad del otro nos alcance. En el Evangelio, Jesús no pasa indiferente junto al dolor: ve, se conmueve, se acerca y actúa. San Vicente aprendió lentamente esa mirada. Los pobres dejaron de ser para él una categoría general y se convirtieron en personas concretas, amadas por Dios, capaces de enseñarle el Evangelio.

Llamarlos “nuestros señores y nuestros amos” desconcierta porque invierte la lógica habitual. El pobre no está debajo del benefactor ni existe para que quien ayuda se sienta bueno. Tiene una dignidad que precede a nuestra acción. Nos recibe en un territorio sagrado y nos obliga a revisar el lenguaje, los métodos y las relaciones de poder con que servimos. Una caridad que humilla, exhibe o hace dependiente contradice aquello que pretende anunciar.

San Vicente pide un amor nuevo. La novedad no consiste en perseguir novedades por moda, sino en dejar que el amor de Cristo renueve nuestra manera de responder. Las obras que ayer fueron oportunas pueden necesitar hoy otra forma. Escuchar a las personas, trabajar con ellas y no solamente para ellas, proteger sus

datos e imagen, promover capacidades, articular redes y buscar cambios estructurales son expresiones actuales de una misma caridad evangélica.

La pobreza suele volverse invisible por costumbre. Podemos acostumbrarnos a la persona que duerme en la calle, a la anciana que vive sola, al niño que abandona la escuela, al trabajador que no alcanza a sostener su casa o al migrante tratado como amenaza. Podemos incluso acostumbrarnos al dolor dentro de nuestra familia o comunidad. El Evangelio rompe esa anestesia. Cristo se identifica con el hambriento, el enfermo, el forastero y el encarcelado, y nos recuerda que el encuentro con Él pasa por relaciones reales.

Mirar cristianamente exige evitar dos extremos: romantizar la pobreza o convertirla en motivo de miedo. La pobreza no hace automáticamente santa a una persona ni la despoja de complejidad. Quien sufre puede tener fortalezas, errores, sueños y decisiones propias. Servir con respeto significa reconocer toda esa humanidad y renunciar a reducirla a una fotografía, una estadística o un caso pastoral.

Este día puede convertirse en un examen de nuestras prácticas. ¿Escuchamos antes de decidir? ¿Pedimos permiso antes de contar una historia o publicar una imagen? ¿Creamos espacios donde las personas acompañadas participen en las soluciones? ¿Nos acercamos sólo cuando podemos dar algo, o somos capaces de recibir su palabra, su fe y su experiencia? El amor nuevo comienza cuando la relación deja de ser unilateral.

Pidamos a san Vicente un corazón que no se proteja detrás de la distancia. Que podamos buscar a los más abandonados, no para ocupar el centro de sus vidas, sino para caminar a su lado. Y que, al encontrarlos, descubramos con gratitud que Dios ya estaba allí antes que nosotros.

Para orar y compartir

- ¿A quién he dejado de ver por costumbre, prejuicio o comodidad?
- ¿Mi servicio protege la dignidad y la libertad de las personas?
- ¿Qué tendría que renovarse en nuestra obra para responder con un amor verdaderamente nuevo?

Compromiso del día

Escucharé la historia de una persona sin interrumpirla ni apresurarme a ofrecer una solución.

Gesto comunitario

En la tarjeta del puesto vacío se escribe el nombre de una persona o grupo que la comunidad necesita volver a mirar. La tarjeta permanece en la mesa durante toda la oración.

Oración del día

Dios de ternura, Tú amas a los pobres y nos esperas en ellos. Purifica nuestra mirada de prejuicios, paternalismos e indiferencias. Enséñanos a acercarnos con respeto, a escuchar antes de responder y a servir sin ocupar el lugar del otro. Haz nuevo nuestro amor y llévanos hasta quienes están más solos y abandonados. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 3

AMAR CON LOS BRAZOS Y CON EL SUDOR DE NUESTRA FRENTE

«La fe se vuelve creíble cuando el amor se hace obra»

Signo: Un delantal de trabajo doblado y unas manos de cartulina. Expresan el paso de las buenas intenciones a una caridad que se organiza, se esfuerza y persevera.

Canto sugerido: Cuando el pobre nada tiene

Iluminación bíblica

1 Jn 3,16-18

En esto hemos conocido el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros. También nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos. Si alguien posee bienes de este mundo y, viendo a su hermano pasar necesidad, le cierra el corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos solamente de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad.

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Amemos a Dios, hermanos míos, amenos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Pues muchas veces los actos de amor de Dios, de complacencia, de benevolencia, y otros semejantes afectos y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy buenos y deseables, resultan sin embargo muy sospechosos, cuando no se llega a la práctica del amor efectivo: “Mi Padre es glorificado, dice nuestro Señor, en que deis mucho fruto”.

»Hemos de tener mucho cuidado en esto; porque hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos. Se muestran satisfechos de su imaginación

calenturienta, contentos con los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración, hablan casi como los ángeles; pero luego, cuando se trata de trabajar por Dios, de sufrir, de mortificarse, de instruir a los pobres, de ir a buscar a la oveja descarriada, de desear que les falte alguna cosa, de aceptar las enfermedades o cualquier cosa desagradable, ¡ay!, todo se viene abajo y les fallan los ánimos. No, no nos engañemos: Totum opus nostrum in operatione consistit.

»[...] La Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen. No hay nada tan conforme con el evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Esto es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles; es juntar el oficio de Marta con el de María.»

Fuente: Tomo XI/4, pp. 733-734, n.º 171, Extracto de una conferencia sobre el amor de Dios.

Reflexión

Hay palabras espirituales que conmueven y, sin embargo, no cambian nada. San Vicente conoce esa tentación y la denuncia con una franqueza que todavía incomoda: el amor a Dios debe costarnos los brazos y el sudor de la frente. No desprecia la oración ni los afectos interiores; al contrario, quiere que maduren hasta convertirse en fruto. La experiencia de Dios que nunca llega al prójimo queda incompleta.

La caridad efectiva no es precipitación. Trabajar por los pobres exige corazón, pero también preparación, constancia, administración transparente, formación y evaluación. El esfuerzo no se mide por el cansancio que exhibimos, sino por el bien real que contribuimos a crear. A veces amar será cargar una caja o visitar a un enfermo; otras veces será estudiar una problemática,

corregir un procedimiento, rendir cuentas o sostener durante años un proceso que no produce resultados inmediatos.

En nuestro tiempo existe el riesgo de confundir visibilidad con impacto. Una campaña puede recibir muchas reacciones y tocar poco la realidad; una obra silenciosa puede transformar una familia entera sin aparecer en ninguna pantalla. La comunicación pastoral es valiosa cuando hace visible la esperanza, convoca solidaridad y devuelve voz a quienes han sido ignorados. Se vuelve problemática cuando utiliza el sufrimiento como escenario o convierte al servidor en protagonista.

Vicente junta a Marta y María. La acción sin oración se reseca, se vuelve impaciente y puede terminar tratando a las personas como tareas. La oración sin acción se encierra y se hace sospechosa. El discípulo necesita permanecer ante Dios para recibir luz y fuerzas, y luego levantarse para compartir aquello que ha recibido. Este ritmo protege tanto de la pereza espiritual como del activismo que termina quemando a las personas.

Amar con obras también significa perseverar cuando disminuye la emoción inicial. Hay compromisos que comienzan con entusiasmo y se abandonan cuando aparecen dificultades, desacuerdos o tareas repetitivas. El sudor de la frente incluye esa fidelidad cotidiana: llegar a tiempo, cumplir la palabra dada, trabajar en equipo, cuidar los recursos y volver a intentarlo después de un fracaso.

La caridad vicentina no se conforma con aliviar una urgencia si puede ayudar a transformar sus causas. Dar alimento hoy es necesario; al mismo tiempo, hay que preguntar por qué falta el pan, quién queda excluido y qué alianzas pueden abrir caminos de autonomía. La ayuda inmediata y el cambio estructural no compiten. Son dos movimientos de un mismo amor inteligente, organizado y comprometido.

Hoy el Señor nos invita a pasar de la buena intención al gesto verificable. Tal vez no podamos resolver un problema entero, pero

siempre podemos dar un paso honesto. Una llamada, una visita, una decisión comunitaria, una hora de trabajo o una renuncia concreta pueden ser el lugar donde el amor deje de ser discurso y comience a tener manos.

Para orar y compartir

- ¿Qué buena intención sigo aplazando y puedo convertir hoy en una acción concreta?
- ¿Cómo equilibrio oración, trabajo y cuidado de las personas que sirven conmigo?
- ¿Nuestra caridad responde sólo a emergencias o también busca transformar causas?

Compromiso del día

Convertiré una intención postergada en una acción verificable de servicio.

Gesto comunitario

Cada persona escribe en una mano de cartulina una acción concreta que realizará. Las manos se colocan alrededor del delantal como signo de una caridad dispuesta a trabajar.

Oración del día

Señor de la mies, no permitas que nuestro amor se quede en palabras. Danos manos generosas, inteligencia humilde y perseverancia para trabajar por el bien de los pobres. Que la oración encienda nuestro servicio y que el servicio nos devuelva a Ti con un corazón más verdadero. Haz fecundo el esfuerzo pequeño que hoy ponemos en tus manos. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 4

RECONOCER A CRISTO EN QUIEN SUFRE

«Una buena palabra que salga del corazón puede llevar a Dios»

Signo: Una vasija de barro reparada con una cinta dorada. Sus grietas visibles recuerdan que la fragilidad no elimina la dignidad y que el cuidado puede devolver esperanza sin ocultar las heridas.

Canto sugerido: Cristo te necesita para amar

Iluminación bíblica

Lc 10,30-37

Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones, que lo despojaron, lo golpearon y se fueron dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por aquel camino un sacerdote; lo vio y pasó de largo. De igual manera, un levita llegó al lugar, lo vio y también pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó junto a él y, al verlo, se compadeció. Se acercó, vendó sus heridas y derramó sobre ellas aceite y vino. Luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos monedas, se las dio al posadero y le dijo: “Cuida de él; y lo que gastes de más te lo pagaré cuando regrese”. ¿Cuál de estos tres te parece que se hizo prójimo del hombre que cayó en manos de los ladrones?». El maestro de la Ley respondió: «El que tuvo compasión de él». Entonces Jesús le dijo: «Ve y haz tú lo mismo».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Así pues, esto es lo que os obliga a servirles con respeto, como a vuestros amos, y con devoción, porque representan para vosotras a la persona de Nuestro Señor, que ha dicho: “Lo que hagáis al más pequeño de los míos, lo consideraré como hecho a mí mismo”. Efectivamente, hijas mías, Nuestro Señor es, junto con ese enfermo, el que recibe el servicio que le hacéis.

»Según eso, no sólo hay que tener mucho cuidado en alejar de sí la dureza y la impaciencia, sino además afanarse en servir con cordialidad y con gran dulzura, incluso a los más enfadosos y difíciles, sin olvidarse de decirles alguna buena palabra [...]

»No decir muchas cosas a la vez, sino ir poco a poco dándoles la instrucción que necesitan; lo mismo que a los niños de pecho, que sólo se les da de mamar un poco cada vez. Pues bien, vuestros enfermos son como niños en la devoción, aunque sean personas mayores. Una buena palabra que salga del corazón y se diga con el debido espíritu será suficiente para llevarles a Dios.»

Fuente: Tomo IX/2, pp. 915-916, Conferencia 85.

Reflexión

El sufrimiento vuelve vulnerable a la persona y revela la calidad de nuestro amor. Quien está enfermo, envejece, atraviesa un duelo o vive una crisis emocional no necesita solamente una solución técnica. Necesita ser tratado con respeto, paciencia y cordialidad. San Vicente recuerda a las Hijas de la Caridad que el mismo Señor recibe el servicio ofrecido al enfermo. Esta certeza transforma tanto lo que hacemos como la manera de hacerlo.

Es posible cumplir una tarea correctamente y, sin embargo, herir con el tono, la prisa o la indiferencia. La caridad cristiana cuida los detalles: llamar a la persona por su nombre, explicar lo que se hará, respetar su intimidad, escuchar sin interrumpir, evitar comentarios que infantilizan y reconocer su derecho a decidir. La ternura no sustituye la competencia; la vuelve verdaderamente humana.

San Vicente pide alejar la dureza y la impaciencia, incluso frente a quienes resultan difíciles. No idealiza el servicio. Sabe que el dolor puede volver a una persona exigente, temerosa o irritable, y que quien cuida también se cansa. Por eso necesitamos comunidades que sostengan a los cuidadores, distribuyan las cargas y permitan descansar. Servir con dulzura no significa negar los límites, sino

ponerlos sin desprecio y pedir ayuda antes de que el agotamiento se convierta en maltrato.

La enfermedad mental y la soledad reclaman una atención especial. A veces la respuesta religiosa apresurada —“tenga fe”, “todo pasa por algo”— cierra la conversación y aumenta la culpa. Una buena palabra que nace del corazón no ofrece explicaciones fáciles. Se queda, escucha, reconoce el dolor y, cuando es necesario, ayuda a buscar acompañamiento profesional. La fe puede sostener el proceso sin reemplazar los cuidados que la persona requiere.

También las comunidades creyentes pueden excluir a quienes no pueden seguir su ritmo: ancianos, personas con discapacidad, familias con niños inquietos o enfermos que ya no participan como antes. Reconocer a Cristo en quien sufre exige revisar horarios, accesibilidad, lenguajes y actitudes. Una comunidad se parece a Jesús cuando nadie siente que su fragilidad lo convierte en una carga.

El buen samaritano no pregunta primero quién tiene la culpa. Ve a un hombre herido, se aproxima, cura, carga y compromete recursos para que el cuidado continúe. La compasión bíblica no es lástima distante; es dejarse afectar hasta reorganizar el camino. Quizá hoy el Señor nos pida disminuir el paso para que otra persona no tenga que atravesar sola su noche.

Contemplemos el rostro de Cristo junto a cada persona herida. No para espiritualizar su dolor, sino para servirla mejor. Que nuestro modo de hablar, tocar, esperar y acompañar anuncie un Dios que no abandona.

Para orar y compartir

- ¿Cómo reacciono cuando el dolor ajeno interrumpe mis planes?
- ¿Mis palabras consuelan y respetan, o ofrecen respuestas rápidas que no escuchan?

- ¿Qué puede hacer nuestra comunidad para cuidar también a quienes cuidan?

Compromiso del día

Tendré un gesto de cuidado con una persona enferma, sola o agotada, respetando sus necesidades reales.

Gesto comunitario

Sin mencionar públicamente situaciones íntimas, cada participante toca la vasija y presenta al Señor a quienes viven enfermedad, duelo, soledad o agotamiento. Se guarda un minuto de silencio respetuoso.

Oración del día

Jesús compasivo, Tú te acercas a nuestras heridas sin avergonzarnos. Concédenos servir con respeto, cordialidad y dulzura. Danos paciencia ante la fragilidad, palabras que nazcan del corazón y sabiduría para reconocer cuándo debemos buscar ayuda. Que toda persona que encontremos se sienta mirada y amada por Ti. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 5

CAMINAR JUNTOS PARA SERVIR MEJOR

«Cada miembro participa del bien que hace todo el cuerpo»

Signo: Un aro de madera o cartón del que parten hilos de varios colores hacia los participantes. Los hilos distintos forman una sola red y representan la corresponsabilidad en la misión.

Canto sugerido: Un solo Señor

Iluminación bíblica

Jn 17,20-23

Jesús levantó los ojos al cielo y oró: «No ruego solamente por ellos, sino también por quienes creerán en mí gracias a su palabra. Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí. Que lleguen a la unidad perfecta, para que el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado como me has amado a mí».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«La Providencia os ha reunido aquí a vosotras doce, y, al parecer, con el designio de que honréis su vida humana en la tierra. ¡Oh! ¡qué ventaja estar en una comunidad puesto que cada miembro participa del bien que hace todo el cuerpo! Por este medio podréis tener una gracia más abundante. Nuestro Señor nos lo ha prometido cuando dijo: “Cuando estéis dos reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de vosotros”.

»Con mayor razón, cuando estéis varios con el mismo designio de servir a Dios, mi Padre y yo vendremos a poner nuestra morada en ellos, si ellos nos aman. Por las personas que tienen un mismo espíritu y que, en ese mismo espíritu, se unen unas con otras para honrar a Dios, es por quienes el Hijo oró en la última oración que

tuvo antes de su pasión, diciendo: “Padre mío, te ruego para que los que me has dado sean uno, como tú y yo somos uno”.»

Fuente: Tomo IX/1, pp. 21-22, Conferencia del 31 de julio de 1634, Explicación del reglamento.

Reflexión

Nadie encarna por sí solo la riqueza del carisma vicentino. La Providencia reúne personas distintas, con historias, vocaciones, edades, culturas y capacidades diversas. San Vicente ve en la comunidad algo más que una organización útil: cada miembro participa del bien que realiza el cuerpo entero. La misión compartida multiplica los dones y nos libra de pensar que todo depende de una figura individual.

La unidad cristiana no es uniformidad. Caminar juntos no exige pensar exactamente igual en cada asunto, sino permanecer unidos en Cristo, escuchar con respeto y buscar el bien de los pobres por encima del interés personal. Una comunidad madura puede atravesar diferencias sin convertirlas en enemistades. Aprende a discernir, a pedir perdón y a tomar decisiones donde nadie necesita ser humillado para que el proyecto avance.

El lema misionero de la Iglesia para 2026 —“Uno en Cristo, unidos en la misión”— ilumina de manera especial este texto vicentino. La comunión no es una pausa previa a la misión; es parte de su credibilidad. El mundo difícilmente creará en el amor que anunciamos si nuestras relaciones están dominadas por rivalidades, silencios hostiles o competencia por el reconocimiento.

La Familia Vicentina posee una fuerza extraordinaria precisamente porque está formada por múltiples ramas, comunidades y laicos que comparten una misma inspiración. Esa diversidad puede dar respuestas más completas cuando se transforma en colaboración real: compartir información, reconocer capacidades, evitar duplicaciones, crear protocolos comunes y dejar que las personas

pobres participen también en la planeación y evaluación de las iniciativas.

Caminar juntos requiere tiempo. Escuchar parece lento, pero muchas veces evita heridas y decisiones equivocadas. La sinodalidad cotidiana se practica en una reunión bien preparada, en la voz que se deja hablar, en la información que no se esconde, en la consulta a quien será afectado y en la disposición a corregir. No todo desacuerdo es una amenaza; puede ser una gracia que ensanche la mirada.

También hay que cuidar la tentación del protagonismo. Una obra puede terminar identificada con una sola persona hasta volverse frágil. La misión evangélica forma relevos, comparte responsabilidades y celebra el bien aunque otro reciba el agradecimiento. Cuando la comunidad comprende que cada miembro participa del bien del cuerpo, disminuye la necesidad de apropiarse de los frutos.

Hoy podemos preguntarnos no sólo qué hacemos por los pobres, sino cómo nos tratamos mientras lo hacemos. La cordialidad, la verdad, el cuidado mutuo y la corresponsabilidad son parte de la caridad. Que san Vicente nos ayude a construir comunidades donde sea posible respirar, crecer y servir con alegría.

Para orar y compartir

- ¿Qué actitud mía fortalece la comunión y cuál la debilita?
- ¿Damos voz real a quienes suelen quedar al margen de las decisiones?
- ¿Qué colaboración concreta podríamos iniciar entre ramas, grupos o comunidades?

Compromiso del día

Reconoceré el aporte de otra persona y propondré una colaboración concreta para servir mejor.

Gesto comunitario

Cada participante sostiene uno de los hilos y nombra un don que puede poner al servicio de los demás. Al final, nadie suelta su hilo hasta que todos hayan hablado.

Oración del día

Padre bueno, Tú nos reúnes en Cristo y nos das dones diferentes para una misma misión. Sana nuestras rivalidades, enséñanos a escucharnos y haznos capaces de compartir responsabilidades y frutos. Que nuestras comunidades sean hogar, escuela de comunión y signo creíble de tu amor entre los pobres. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 6

SER ARTESANOS DE PAZ, UNIÓN Y CONCORDIA

«Que Dios conserve la paz y perpetúe la unión»

Signo: Dos fragmentos de una misma fotografía o dibujo, separados al comienzo y unidos durante la celebración. El gesto expresa que la paz no borra la historia, pero puede reconstruir vínculos quebrados.

Canto sugerido: Hazme un instrumento de tu paz

Iluminación bíblica

Jn 20,19-23

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, los discípulos estaban reunidos con las puertas cerradas por miedo. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz esté con ustedes». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: «La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, también yo los envío». Después sopló sobre ellos y añadió: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengan, les serán retenidos».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Le doy gracias a su divina bondad por las bendiciones que da a todas sus misiones, especialmente a la última. Esto tiene que atribuirse más bien a la buena disposición del pueblo, por no decir a la novedad de la obra, que al mérito de los obreros, aunque sé muy bien que sus oraciones, su celo y la pureza de su intención han contribuido notablemente al éxito.

»Lo que más me consuela de todo es esa paz tan importante que han conseguido en ese lugar, en donde hacía tanto tiempo que reinaba la discordia, que había producido tantas muertes y que era como una fuente infectada de donde brotaba el veneno en el

corazón de la mayoría de los habitantes. ¡Que Dios quiera conservar la paz y perpetuar la unión y la concordia que ustedes han conseguido!»

Fuente: Tomo VI, pp. 7-8, Carta 2177, a Juan Martín, superior de Turín, París, 7 de julio de 1656.

Reflexión

La paz que anuncia el Resucitado no es una cortesía ni una manera de ignorar los conflictos. Jesús entra en una casa cerrada por el miedo, muestra sus heridas y entrega el Espíritu para comenzar algo nuevo. La paz cristiana nace en medio de una historia herida y convierte a los discípulos en enviados. Por eso, ser artesanos de paz requiere mirar de frente la verdad y abrir caminos de reconciliación.

San Vicente se alegra porque una misión ha contribuido a reconciliar a una población donde la discordia había causado muertes. No considera ese fruto secundario. Evangelizar incluye sanar vínculos, detener la circulación del odio y ayudar a que una comunidad pueda volver a reconocerse. La caridad tiene una dimensión social: no sólo atiende a las víctimas de la violencia, también trabaja para que la violencia no siga produciendo víctimas.

El llamado de la Iglesia en 2026 a una paz “desarmada y desarmante” encuentra aquí una resonancia profundamente vicentina. Desarmada, porque no se impone mediante la amenaza. Desarmante, porque tiene la fuerza de interrumpir la lógica del enemigo. Esto comienza en el corazón, pero no termina allí: alcanza el lenguaje, las decisiones públicas, el uso de las redes, la educación y la manera de gestionar los desacuerdos.

Hay palabras que se convierten en armas. Una acusación no verificada, una etiqueta que niega la humanidad del otro o una publicación diseñada para provocar pueden ampliar una herida en segundos. El discípulo no renuncia a la verdad, pero la busca y la

comunica sin convertir a nadie en objeto de desprecio. Antes de compartir un contenido conviene preguntarse: ¿es cierto?, ¿es necesario?, ¿ayuda a comprender?, ¿protege la dignidad?

La reconciliación tampoco significa obligar a una víctima a volver a una situación peligrosa. La paz necesita justicia, protección, memoria y reparación. Perdonar es un camino espiritual que no elimina la responsabilidad ni sustituye los procesos necesarios. Acompañar con prudencia implica no presionar, respetar los tiempos y poner la seguridad de la persona por encima de una apariencia rápida de armonía.

Colombia y tantos pueblos del mundo conocen el precio de la violencia, el desplazamiento y la polarización. En este contexto, cada comunidad cristiana puede ser un pequeño taller de paz: un lugar donde se escucha a quien piensa distinto, se acompaña a las víctimas, se educa para el diálogo, se rechaza la mentira y se realizan acciones comunes en favor de quienes sufren.

La paz se construye con gestos pequeños y estructuras justas. Tal vez hoy debamos dar el primer paso, pedir perdón, detener un rumor, reabrir una conversación o apoyar un proceso comunitario. San Vicente nos enseña a agradecer la paz conseguida y a pedir que Dios la conserve, porque sabe que la concordia es un don que también necesita cuidado.

Para orar y compartir

- ¿Qué conflicto necesita de mí un primer gesto responsable de paz?
- ¿Cómo uso mis palabras y redes cuando hay tensión o polarización?
- ¿Nuestra comunidad acompaña la reconciliación con verdad, justicia y protección de las víctimas?

Compromiso del día

Detendré una palabra o publicación que alimente división y daré un paso responsable hacia la reconciliación.

Gesto comunitario

Dos personas acercan lentamente los fragmentos hasta reconstruir la imagen. La asamblea responde: «Señor, haznos artesanos de tu paz». No se pronuncian nombres de conflictos particulares sin consentimiento.

Oración del día

Cristo resucitado, entra en nuestras puertas cerradas y pronuncia sobre nosotros tu paz. Desarma el miedo, el orgullo y la violencia que llevamos dentro. Danos valentía para decir la verdad con caridad, proteger a quienes han sido heridos y construir reconciliación con justicia. Haznos instrumentos humildes de unión y concordia. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 7

ABRIR LOS CORAZONES CON MANSEDUMBRE

«La mansedumbre y la afabilidad abren la puerta de los corazones»

Signo: Una llave colocada frente a un corazón cerrado dibujado en papel. La llave simboliza la mansedumbre que no fuerza la puerta, sino que la abre mediante la verdad, la paciencia y la afabilidad.

Canto sugerido: Donde hay caridad y amor

Iluminación bíblica

2 Tim 2,22-26

Huye de las pasiones propias de la juventud y busca la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con todos los que invocan al Señor con un corazón puro. Evita las discusiones necias y sin sentido, sabiendo que provocan enfrentamientos. El servidor del Señor no debe ser amigo de disputas, sino amable con todos, apto para enseñar y paciente ante las dificultades. Debe corregir con mansedumbre a quienes se oponen, por si Dios les concede convertirse y llegar al conocimiento de la verdad. Así podrán recobrar el buen juicio y escapar de la trampa del diablo, que los tenía cautivos para hacer su voluntad.

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Cuando se discute contra alguien, si uno se enfrenta con él dejándose llevar de la altanería parece como si quisiera dominarle; por eso procura resistir, en vez de disponerse a recibir la verdad; de modo que, en esta discusión, en vez de conseguir que se abra su espíritu, se cierra ordinariamente la puerta de su corazón.

»Por el contrario, la mansedumbre y la afabilidad se la abren. Tenemos un hermoso ejemplo de esto en la persona del bienaventurado Francisco de Sales que, aunque era muy hábil en

las controversias, sin embargo convertía a los herejes más con su mansedumbre que con su doctrina. [...]

»Acordaos, hermanos míos, de aquellas palabras de san Pablo a aquel gran misionero, san Timoteo: Servum Domini non oportet litigare: un siervo de Jesucristo no tiene que recurrir a litigios o disputas. Puedo deciros que nunca he visto ni he sabido que se haya convertido ningún hereje por la fuerza de la disputa, ni por la sutileza de los argumentos, sino por la mansedumbre. Pues es cierto que esta virtud tiene mucha fuerza para ganar a los hombres para Dios.»

Fuente: Tomo XI/4, pp. 752-753, n.º 192, Extracto de una conferencia sobre la mansedumbre en las disputas.

Reflexión

San Vicente conoce la dinámica de una discusión: cuando alguien se siente atacado o dominado, se defiende y cierra la puerta del corazón. La fuerza de un argumento no garantiza que la verdad pueda ser recibida. Por eso propone la mansedumbre y la afabilidad, virtudes que no debilitan la verdad, sino que le preparan un espacio humano.

La mansedumbre no es timidez ni renuncia a las convicciones. Jesús es manso y, al mismo tiempo, libre para denunciar la hipocresía, defender a los pequeños y permanecer firme ante la injusticia. La mansedumbre gobierna la fuerza para que no se convierta en violencia. Nos permite hablar con claridad sin disfrutar la derrota del otro y corregir sin destruir.

En 2026 gran parte de la conversación pública ocurre en plataformas que recompensan la reacción rápida, la indignación y el enfrentamiento. Allí es fácil olvidar que detrás de una opinión existe una persona. El estilo vicentino pide bajar el tono, verificar antes de acusar, preguntar antes de interpretar y no responder desde

la herida del momento. A veces el acto más evangélico será guardar silencio hasta recuperar la libertad interior.

La mansedumbre comienza en casa y en la comunidad. Podemos ser cordiales con desconocidos y duros con quienes viven cerca. La familiaridad no autoriza la ironía hiriente, el grito o la descalificación. Abrir corazones requiere cuidar el modo, escoger el momento, hablar de hechos concretos y escuchar la respuesta sin preparar inmediatamente una defensa.

También debemos aprender a poner límites mansamente. La afabilidad no exige tolerar abuso, manipulación o violencia. Se puede decir “no”, retirarse de una conversación dañina y acudir a la autoridad competente sin odio ni venganza. La dignidad propia y ajena se protegen mejor cuando la firmeza no pierde el dominio de sí.

San Francisco de Sales mostró a Vicente que la santidad puede persuadir más que la disputa. Las personas perciben cuando una palabra nace del deseo de servir y cuando busca imponerse. El testimonio paciente, coherente y bondadoso abre preguntas que ninguna confrontación agresiva consigue suscitar.

Pidamos hoy un lenguaje reconciliado. Que nuestras palabras no sean una descarga de ansiedad ni una herramienta de superioridad. Que sepamos decir la verdad con el corazón de Cristo y crear conversaciones donde el otro pueda respirar, pensar y quizá comenzar de nuevo.

Para orar y compartir

- ¿Busco comprender y servir, o ganar y quedar por encima?
- ¿Qué palabra, tono o hábito digital necesito desarmar?
- ¿Sé expresar límites con firmeza y respeto?

Compromiso del día

Revisaré mi modo de hablar en un conflicto y escogeré un tono firme, claro y respetuoso.

Gesto comunitario

Cada participante recibe una pequeña llave de papel y escribe en ella una palabra que desea cuidar en sus conversaciones: escucha, respeto, verdad, paciencia o perdón.

Oración del día

Jesús manso y humilde de corazón, ordena nuestra fuerza y purifica nuestras palabras. Líbranos de la altanería, la ironía y el deseo de imponernos. Danos firmeza sin violencia, claridad sin dureza y paciencia para escuchar. Que nuestra afabilidad abra caminos por los que tu verdad pueda llegar al corazón. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 8

VOLVER A LA ORACIÓN PARA RENOVAR LA MISIÓN

«Dadme un hombre de oración y será capaz de todo»

Signo: Un cuenco vacío junto a la Sagrada Escritura. El cuenco expresa la disponibilidad interior de quien hace silencio para recibir la Palabra antes de salir a servir.

Canto sugerido: Habla, Señor, que tu siervo escucha

Iluminación bíblica

Mc 1,35-39

De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar solitario; allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron a buscarlo y, cuando lo encontraron, le dijeron: «Todos te buscan». Él les respondió: «Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, porque para eso he salido». Y recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Dadme un hombre de oración y será capaz de todo; podrá decir con el santo apóstol: “Puedo todas las cosas en Aquél que me sostiene y me conforta”. La congregación de la Misión durará mientras se practique en ella fielmente el ejercicio de la oración, porque la oración es como un reducto inexpugnable, que pondrá a todos los misioneros al abrigo de cualquier clase de ataques; es un arsenal místico, o como la torre de David, que les proporcionará toda clase de armas, no sólo para defenderse, sino también para atacar y derrotar a todos los enemigos de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

»La oración es una predicación que nos hacemos a nosotros mismos para convencernos de la necesidad que tenemos de

recurrir a Dios y de cooperar con su gracia a fin de extirpar los vicios de nuestra alma y plantar en ella las virtudes. [...]

»El padre Vicente recomendaba también que fuésemos duros en esta pelea; que actuásemos con tranquilidad, sin rompernos demasiado la cabeza a fuerza de tensiones y de sutilezas; que elevásemos nuestro espíritu a Dios y lo escuchásemos, ya que una de sus palabras vale más que mil razones y que todas las especulaciones de nuestro entendimiento.»

Fuente: Tomo XI/4, p. 778, nn. 226-227, Extractos de conferencias sobre la oración.

Reflexión

Jesús se retira a orar y desde la oración vuelve a ponerse en camino. No utiliza el silencio para huir de la gente, sino para permanecer unido al Padre y discernir el alcance de su misión. San Vicente comprende esa misma relación: la oración es fuente de fortaleza apostólica y lugar donde Dios ordena el corazón del misionero.

Decir que una persona de oración será capaz de todo no significa que obtendrá cuanto desea ni que estará libre de fragilidad. Significa que aprenderá a recibir de Dios la fuerza necesaria para cumplir su voluntad. La oración no aumenta nuestro control; aumenta nuestra disponibilidad. Nos enseña a distinguir entre el impulso del ego y la llamada del Espíritu.

La vida contemporánea está llena de ruido, mensajes y urgencias. Incluso el servicio puede ocupar cada espacio hasta dejar el alma sin respiración. Cuando esto ocurre, perdemos profundidad, reaccionamos en vez de discernir y terminamos ofreciendo a los demás un cansancio que ya no sabe amar. Volver a la oración es volver a la fuente, no para desentendernos de la realidad, sino para entrar en ella con un corazón menos fragmentado.

San Vicente recomienda elevar el espíritu a Dios y escucharlo, porque una palabra suya vale más que mil razonamientos. Escuchar exige silencio, familiaridad con la Escritura y honestidad. No toda idea que aparece durante la oración viene de Dios. El discernimiento necesita tiempo, comunidad, acompañamiento y contraste con el Evangelio, especialmente con el amor preferencial de Cristo por los pobres.

La oración vicentina mira la vida. Lleva ante Dios los nombres, las heridas, las decisiones y las esperanzas de quienes servimos. Después nos devuelve a ellos con una mirada transformada. En ella aprendemos que no somos salvadores de nadie, que los frutos tienen su tiempo y que también nuestros límites pueden convertirse en lugar de confianza.

Una comunidad que ora junta crea un lenguaje común y recuerda quién la convoca. La celebración de la Palabra, la Eucaristía, el silencio, la revisión de vida y la intercesión por los pobres no son adornos del proyecto apostólico. Son el espacio donde la misión recibe continuamente su orientación y donde las heridas del servicio encuentran consuelo.

Hoy no necesitamos prometer una vida espiritual imposible. Podemos comenzar con fidelidad humilde: un tiempo real de silencio, el Evangelio del día leído sin prisa, una pregunta llevada ante el Señor y una decisión revisada a su luz. Lo importante es volver y permanecer.

Para orar y compartir

- ¿Qué está ahogando actualmente mi vida de oración?
- ¿Llevo a Dios la realidad concreta de los pobres y dejo que ella cuestione mis decisiones?
- ¿Qué ritmo sencillo y sostenible puedo asumir para escuchar al Señor cada día?

Compromiso del día

Reservaré un tiempo concreto y sostenible de silencio con el Evangelio.

Gesto comunitario

Se guardan dos minutos de silencio real. Después, quienes lo deseen depositan junto al cuenco una breve intención escrita, como signo de aquello que desean escuchar y discernir ante Dios.

Oración del día

Dios de silencio y de palabra, recógenos de nuestra dispersión. Enséñanos a escucharte en la Escritura, en la comunidad y en el clamor de los pobres. Que la oración no nos aparte de la vida, sino que purifique nuestras motivaciones, cure nuestro cansancio y nos devuelva a la misión con libertad y alegría. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

DÍA 9

CAMINAR HACIA EL FUTURO CONFIADOS EN LA PROVIDENCIA

«Dejemos hacer a Dios; Él sabrá sacar su gloria de todo»

Signo: Una brújula y un sendero incompleto trazado sobre papel. La brújula representa la Providencia; el camino abierto recuerda que el futuro todavía debe recorrerse con confianza y responsabilidad.

Canto sugerido: En Ti confío

Iluminación bíblica

Mt 6,25-34

Jesús dijo a sus discípulos: «Por eso les digo: no se preocupen por su vida pensando qué van a comer o beber, ni por su cuerpo pensando con qué se van a vestir. ¿No vale la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Miren las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni almacenan en graneros, y sin embargo el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir un solo instante a su vida? Y por el vestido, ¿por qué se preocupan? Observen cómo crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan. Pero les aseguro que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy existe y mañana es arrojada al fuego, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe? No se preocupen, entonces, diciendo: “¿Qué comeremos?”, “¿qué beberemos?” o “¿con qué nos vestiremos?”. Los paganos se afanan por esas cosas, pero el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan. Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura. No se preocupen por el día de mañana, porque el mañana traerá sus propias preocupaciones. A cada día le basta su propio mal».

Escuchemos a san Vicente de Paúl

«Además está la confianza en la Providencia. Confianza y esperanza son casi la misma cosa. Tener confianza en la Providencia quiere decir que debemos esperar de Dios que se cuidará de todos cuantos le sirvan, lo mismo que un esposo se cuida de su esposa y un padre mira por su hijo. Así es como se cuida Dios de nosotros, y mucho más.

»No tenemos que hacer otra cosa más que confiarnos a su dirección, tal como dice la regla que hace un niño en manos de su nodriza. Si ella pone al niño en su brazo derecho, a éste le parece bien; si se lo pone en el izquierdo, se queda contento; con tal que le dé de mamar, se quedará satisfecho.

»Así pues, hemos de tener también nosotros esa confianza en la Providencia divina, ya que ella se preocupa de todo lo referente a nosotros, del mismo modo que lo hace una nodriza con el niño y un esposo con su esposa; así también hemos de abandonarnos nosotros a ella por completo, lo mismo que el niño al cuidado de su madre y como confía la esposa en que su marido se cuide de sus bienes y de toda la casa.

»[...] La razón que nos obliga a confiar en Dios es que sabemos que él es bueno, que nos ama con mucho cariño, que desea nuestra perfección y nuestra salvación, que piensa en nuestras almas y en nuestros cuerpos, que quiere concedernos todos los bienes necesarios para el uno y para la otra.

»[...] Si él quiere conduciros por los caminos duros, como son los de la cruz, las enfermedades, la tristeza, los abandonos interiores, dejémosle hacer y pongámonos con indiferencia en manos de su Providencia. Dejemos hacer a Dios; él sabrá sacar su gloria de todo eso y hará que todo ceda en provecho nuestro, ya que nos ama con mayor cariño que un padre a su hijo.»

Fuente: Tomo IX/2, pp. 1049-1050, Conferencia 97, sobre la confianza en la Providencia.

Reflexión

La novena termina con una invitación a la confianza. Después de mirar la misión, los pobres, el trabajo, el sufrimiento, la comunidad, la paz, la mansedumbre y la oración, san Vicente nos conduce a la Providencia. No se trata de cerrar los ojos ante la incertidumbre, sino de aprender a vivir dentro de ella sostenidos por la bondad de Dios.

La confianza cristiana no es ingenuidad. Vicente conoció enfermedades, fracasos, conflictos, escasez y pérdidas. Por eso sus palabras tienen peso: nacen de una vida que tuvo que entregar muchas veces sus planes. Creer en la Providencia significa reconocer que Dios trabaja en la historia sin convertir cada acontecimiento doloroso en algo querido directamente por Él. El mal sigue siendo mal, pero no tiene la última palabra.

Al concluir el cuarto centenario de la Congregación de la Misión, la pregunta ya no es solamente cómo celebrar una herencia, sino cómo recibir el futuro. Los aniversarios pueden convertirse en refugios de nostalgia o en umbrales de renovación. Agradecer cuatro siglos de gracia implica permitir que el carisma vuelva a ponerse en camino, atento a las pobreza actuales y libre para dejar formas que ya no sirven.

La Providencia no dispensa de planear. San Vicente organizaba, escribía, reunía recursos y cuidaba los detalles. Pero no absolutizaba sus estrategias. Hacía lo posible y dejaba espacio para que Dios corrigiera el rumbo. Esta actitud es especialmente necesaria cuando los cambios sociales, culturales y tecnológicos parecen avanzar más rápido que nuestra capacidad de comprenderlos.

Confiar también es aceptar que no veremos todos los frutos. Sembramos en procesos que quizá otros continuarán. Acompañamos a personas cuya historia no podemos controlar. Construimos instituciones que deberán aprender a renovarse. La ansiedad quiere asegurar el resultado; la Providencia nos enseña fidelidad en el presente y libertad para entregar el mañana.

Hay momentos en que la cruz, la enfermedad, la tristeza o el abandono interior vuelven difícil toda palabra sobre la confianza. San Vicente no pide fingir serenidad. Invita a ponerse en las manos de un Dios que ama con ternura mayor que la de un padre. A veces confiar será apenas repetir una oración, aceptar compañía o dar el siguiente paso posible. Esa pequeña entrega también es fe.

Terminemos poniendo ante Dios a la Iglesia, a la Familia Vicentina, a nuestras comunidades, a los pobres y nuestra propia vida. El futuro no está vacío: está habitado por el Señor. Dejemos que Él saque bien de nuestra entrega, corrija nuestros caminos y mantenga encendido un amor nuevo para la misión que comienza.

Para orar y compartir

- ¿Qué futuro, pérdida o decisión necesito poner hoy en manos de Dios?
- ¿Confundo confianza con pasividad o planeación con control absoluto?
- ¿Qué semilla concreta deseo plantar para la misión vicentina del mañana?

Compromiso del día

Entregaré a Dios una preocupación que no puedo controlar y realizaré con paz el paso que sí me corresponde.

Gesto comunitario

Cada persona marca sobre el sendero un pequeño paso o escribe una decisión que confía a la Providencia. La brújula se deja al centro mientras se reza la oración del día.

Oración del día

Padre providente, conoces nuestras necesidades, temores y caminos. Recibe lo que no podemos controlar y bendice el trabajo que sí nos corresponde realizar. Danos confianza en la prueba, libertad ante los resultados y fidelidad para sembrar el bien. Conduce a la Familia Vicentina hacia el futuro y mantén nuevo nuestro amor por los pobres. Amén.

Padrenuestro · Avemaría · Gloria

FUENTES Y CRITERIOS EDITORIALES

- Los nueve textos atribuidos a san Vicente de Paúl se reproducen literalmente según el anexo entregado para esta edición. Se han conservado sus palabras, signos internos y referencias de tomo y página; la introducción, la oración común, los gozos, los signos, los gestos comunitarios, las reflexiones, las preguntas, los compromisos y las oraciones propias de cada día son redacción original de esta edición.
- San Vicente de Paúl, Obras completas, tomos VI, IX/1, IX/2, XI/3 y XI/4, en las páginas y números indicados al pie de cada día.
- León XIV, Mensaje para la 100.^a Jornada Mundial de las Misiones 2026, “Uno en Cristo, unidos en la misión”, 25 de enero de 2026.
- León XIV, Mensaje para la 59.^a Jornada Mundial de la Paz, “La paz esté con todos ustedes: hacia una paz desarmada y desarmante”, 1 de enero de 2026.
- Congregación de la Misión, materiales y comunicaciones del IV centenario de su fundación (2023-2025).
- Los textos bíblicos se incorporan completos en una traducción pastoral preparada para esta edición. En celebraciones litúrgicas debe utilizarse la versión de la Sagrada Escritura aprobada para el lugar de celebración.